

Rodolfo L. Bracho Riquelme

La gota

Ciencia Ergo Sum, vol. 11, núm. 1, marzo-junio, 2004, pp. 82-84,

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10411109>



Ciencia Ergo Sum,

ISSN (Versión impresa): 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



* Facultad de Medicina, Universidad
Juárez del Estado de Durango.
Correo electrónico:
rudybracho@terra.com.mx

La gota

Rodolfo L. Bracho Riquelme*

Entre crueles sierras y pinales desfilaba la comitiva, por un camino que no se podía andar a caballo de ninguna manera. A fray Diego le parecía que eran hartas las veces que les había nevado por aquella tierra fría, de buenas aguas y muchas.

- Desde que partimos de Yacaponita, pocas almas hemos visto y, éstas, escurridizas.
- ¿Pero qué me dice hermano Jacinto de los osos y lobos de Castilla?
- ¡Abundan!

Llegaron al valle de Panano, donde toparon con nativos de la nación tepehuana, población numerosa. Se juntaron en torno suyo unos cien hombres con sus mujeres e hijos. Sirvió de intérprete el donado Lucas, indio michoacano quien había aprendido la lengua de la tierra cuando acompañó a fray Juan de Tapia, pionero de los frailes descalzos en la región. Los llevaron a la pequeña ermita, de adobe, techada de paja, que

Nota: El cuento parte de las narraciones de las primeras incursiones franciscanas al ahora valle del Guadiana, en el territorio de Durango en 1556 y las subsecuentes visitas de los hermanos menores hasta aproximadamente 1562, antes de la fundación de la villa española de Durango. El eje de la historia es el proceso catequístico de los menores con su sello de originalidad misionera.

había edificado su antecesor, la que sería su dormitorio durante su estancia, además de iglesia paupérrima.

– Me han dicho, tata Diego, que el chaman se alejó al saber de nuestra llegada. Se fue a la ciénega, cercano al ojo de agua.

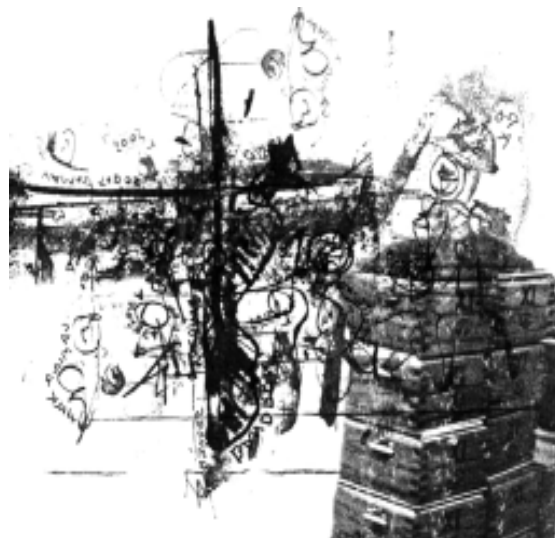
Sin esperar la respuesta de fray Diego, el hermano Jacinto o fray Cintos, como le decían cariñosamente, contestó. –Si Mahoma no va a la montaña, ila montaña va a Mahoma!

Por doquier que predicaban los frailes menores, buscaban siempre a los principales y sacerdotes. Con largos razonamientos, durante encendidos coloquios, buscaban convencerlos de las verdades de la fe.

Caminaron por la vega, fecundizada por tres ríos. Siguieron las arboladas frondosas a la rivera de una avenida que a fray Jacinto le pareció semejante al Guadiana, en España. Llegaron al ojo de agua, cuyo caudal era uno de sus afluentes. Ingresaron al terreno que se tornó pantanoso.

El temachtian Sebastián, joven indio converso, de los discípulos de fray Pedro de Gante, que con devoción enseñaba la doctrina cristiana y que trajo el hermano Juan, se quejó de que el hechicero desalentaba a los otros nativos a asistir a la doctrina. Por eso, al realizar su visita, los franciscanos lo procurarían, para lograr su apoyo y que les facilitara a los niños, para catequizarlos, como era su costumbre.

Al aproximarse al campamento del chamán vieron cómo los rayos de luz se filtraban entre los arcabucos, en los pequeños espacios descubiertos. La humedad y el humo de las cenizas, le daban un aspecto denso, impenetrable. Sentados en torno a la fogata el hechicero y unos cazadores, desollaban a una culebra. Al modo de los nativos, descansaban en sus calcañares, de cuclillas, rodeados de la recolección y caza del día: pajarillos, raíces húmedas, ranas y otros animalejos. Al lado, sobre sus ayates, reposaban sus rodela de pluma, sus arcos y saetas. Vestían taparrabos de algodón. Ceñía la cabeza del hechicero un penacho vistoso, y a los otros guirnaldas de colores. Adornaban sus cuerpos: burdos tatuajes; llamativos collares, pulseras y tobilleras hechas de caracoles, cuen-



tas, y piedras preciosas.

Parados a corta distancia, frente a los naturales, permanecieron Fr. Diego, Fr. Jacinto y el donado Lucas atentos y en silencio. Ellos los ignoraron. Hasta que terminaron su tarea, alzaron la vista. Con reverencia, los cristianos inclinaron sus cabezas, los descalzos menores señalaron que Lucas sería su lengua.

– Dios Omnipotente, Señor del cielo y de la Tierra, ha tenido misericordia de ustedes, no por razón de sus méritos, sino por su infinita piedad y clemencia. Por tanto, hemos llegado a ustedes revestidos de su autoridad y por mandato del Beatísimo Sumo Pontífice, su vicario en la Tierra, y de nuestro católico rey y señor, poderosísimo emperador, para ilustrar sus entendimientos con los rayos de la luz divina, y liberar sus almas y cuerpos del muy pesado yugo que los oprime y esclaviza...

Poniéndose de pie, el chamán, caminó alrededor de las brasas. Habló, extendiendo su brazo hacia el horizonte.

– ¿No somos ahora, como antes, libres? ¿Acaso no vamos a donde debemos, para obtener nuestro sustento? He aquí nuestra caza y recolección.

Lucas con fluidez, cambiaba las palabras de una lengua a otra.

– Dile mi hermano –continuó fray Jacinto–, que nos referimos a la esclavitud del pecado, yugo más intolerable, que los tiene atados y vendidos al diablo.



Al escuchar al donado, el hechicero sacudió con tristeza la cabeza y comenzó a hablar de nuevo, remisamente.

– Cuando fui a la doctrina, escuché que debíamos buscar la salvación.

– Así es –contestó fray Jacinto.

– Escuché que con obras y la fe que nos enseñan, iremos a un lugar privilegiado, a estar junto a su Dios.

– Su razonamiento es corto, pero sí, fuimos creados para amar y servir a Dios en esta vida y después verle y gozar en la otra.

– Entonces, ¡Nada he entendido! La vida, la vida es como el amanecer, cuando trinan las aves y se siente el fresco viento en la cara, el rocío del prado moja tus pies y cuando el aroma del cempasúchil es más fuerte. Pero para conocerla debo cerrar los ojos y formar parte de esta tierra, ¡sentirla!

Quitándole la palabra, fray Jacinto tronó.

– ¡Reducen a Dios a su creación! ¡Adoran las rocas, leños, árboles, las aves, el sol, la luna, el agua, el viento a más de otras cosas ciertamente indignas, como los topos, las culebras y los brutos! ¿Ahora me dirás que la tierra es sagrada?

– Esta heredad de mis antepasados donde caminó el gran Sahuatoba y otros de mi linaje y donde ahora reposan sus polvos, ¡ciertamente que es sagrada! Pero no es esto lo que he querido decir. La vida no es lo que

sucede mientras esperamos algo mejor. Tampoco son mis palabras o sus razonamientos, que sólo son emanaciones. Es el valor que llevamos dentro y nos prepara para enfrentar al enemigo. Es la pasión que nos lleva a buscar compañera y hacerla propia. Es el corazón henchido cuando cargamos en brazos por primera vez a nuestro retoño. Para conocernos, de nuevo, hay que cerrar los ojos y dejar de distraernos con las ideas que nos mienten, recuerdos que nos atan o designios que sólo en nuestra cabeza están. Hay que sentir cómo el soplo entra al pecho lentamente, apreciar nuestro corazón latir y nuestras manos hormiguear.

– ¿Dónde pues, está Dios? –indagó Cintos– ¿En la naturaleza o en uno? ¡Se contradice, luego miente! Las verdades, como la tierra que se amasa y apisona para formar la tapia, se van apoyando una a una. ¡Dios no está en la naturaleza, ni en uno!

Fray Diego, que escuchaba al apasionado hermano Jacinto, guerrero contrito de la huestes de Cortés, convertido en fraile. En su respuesta arrebatada, Fr. Cintos había errado la doctrina.

– Nada ha entendido de lo que he dicho... –dijo el indio sabio, que miraba a un manantial de aguas calientes, con un efluvio que todo lo envolvía, cuyas aguas caían por las rocas a gotas– ¿Qué cosa son el vaho y las gotas, sino partes pequeñas del agua? ¿Y la laguna, no corre luego por los ríos y tocan al mar? Luego pues, la gota, inada es por sí, sólo una parte pequeña de algo más grande! Así nosotros, llevamos dentro el soplo divino y somos uno con la tierra. ¿Para qué quieren obrar de tal o cuál forma, para estar con su Dios? ¡Si no han comprendido que somos uno con Él!

Fray Jacinto abrió la boca, sin encontrar de momento las palabras acertadas. El hermano Diego, se le acercó y le susurró al oído, –Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da la gracia. Suficiente hemos pecado hoy de soberbia, mejor compartamos el alimento.

Del saco que cargaba, hecho de la misma tela áspera que su hábito, extrajo un maiscrudo, que ofreció extendiendo su mano. El chamán, sonrió y señaló que se acercaran para compartir las primicias del día.